

Elusiones de Onetti

José Ramón Ruisánchez Serra

Con la ocasión del centésimo aniversario de su nacimiento, aparecieron dos libros importantes en torno a Juan Carlos Onetti. Por una parte, las cartas que le escribió al pintor Julio Payró, editadas por Hugo Verani; por otra, el libro de crítica de Mario Vargas Llosa basado en el curso monográfico que dictó en la Universidad de Georgetown. La combinación, o mejor, la lectura continuada de los dos libros, revela que, a pesar de los notables pensadores que se han ocupado de su obra —pienso en el propio Verani, en Jorge Rufinelli o en Josefina Ludmer—, Onetti sigue eludiendo los esfuerzos para descifrar su encanto amargo.

El libro de Vargas Llosa, *El viaje a la ficción*, sin ser obsecadamente exhaustivo, intenta un recorrido amplio por todos los materiales que constituyen, desde su punto de vista, la obra mayor de Onetti. En el libro las lecturas de las obras se combinan, usando una técnica de contrapunto muy parecida a la que caracteriza sus novelas, con la exploración de ciertos temas cruciales en Onetti: las lecturas que Vargas Llosa considera centrales como Arlt, Borges, Céline, Faulkner y Mallea; su biografía entramada con la historia de Uruguay y, desde luego, ciertas aportaciones técnicas como lo que Vargas Llosa llama el “estilo crapuloso”, todo esto condimentado con algunos pasajes autobiográficos donde narra sus encuentros y sobre todo desencuentros con Onetti.

Al final, Vargas Llosa no sabe escapar al origen pedagógico, a un cierto tono para extranjeros que resulta muy útil si uno está planeando un curso introductorio a la literatura hispanoamericana del siglo XX o si jamás se ha leído a Onetti. De hecho es mejor sí, más que sentir deseos de leerlo, uno quiere saber qué decir en una cena. Cuando por el contrario, uno se acerca con el afán

de encontrar a otro lector inteligente para establecer un diálogo sobre una pasión común, *El viaje a la ficción* decepciona. Y es que Vargas Llosa suele practicar un tipo de lectura que lejos de habitar el misterio planteado por una ficción, y en este acto de lectura enriquecer la intensidad de la experiencia, cree su deber disiparlo mediante una explicación que, además, suele resultar dolorosamente simple o, más precisamente, simplificadora.

Uno pensaría entonces que en las *Cartas de un joven escritor* aparecerá algo mucho más relevante para quienes releen a Onetti. ¿No es el caso de los complejos y sostenidos procesos de lectura, escucha, comentario; del diálogo permanentemente literario que transcribe en su diario Adolfo Bioy Casares? Claro que eso es soñar con un modelo difícilmente superable, pero en todo caso existente, como existen la correspondencia entre Hanna Arendt y Martin Heidegger o el soberbio diario de Julio Ramón Ribeyro.

La mayor parte de estas cartas las escribe el novelista en su edad de probar armas. Se comenta la salida de la muy modesta primera edición de *El pozo* en 1939 y el trabajo con sostenida alegría de lo que será más tarde *Tierra de nadie* (1941), se transparenta su preocupación por publicar sus cuentos primeros en el suplemento cultural de *La Nación* dirigido por Mallea.

Sin embargo, hay poquísimo que nos muestre el quehacer en sí del narrador. Sí, Onetti lee y comenta algunos libros —como *Adiós a las armas* o *Santuario* que lee en francés— y, casi siempre con más entusiasmo, lo que ve en el cine como *Intermezzo* o *Dishonored*. Aunque leemos aquí pasajes sobre sus trabajos variopintos, de vendedor de boletos en el estadio de fútbol

a, más tarde, periodista en Reuters; aunque menciona sus rompimientos, sus reconciliaciones, sus amores nuevos, al final hay un problema y es grave: la distancia a la que se coloca de Payró. No me refiero al hecho más bien banal de que lo trate de “usted” sino que las numerosas invitaciones a encontrarse para tomar unos whiskies y charlar que aparecen en las cartas implican tal intimidad que una parte de sus contenidos inevitablemente se disuelve en la fragilidad de los guiños privados y los códigos imposibles de reconstruir, incluso con el minucioso trabajo de Verani. Esto incluso resultaría grato para el lector fiel de Onetti, acostumbrado a sus tensísimos diálogos que son la obra de arte del sobreentendido. Resultaría, digo, porque no hay una historia que convierta a estos fragmentos en una verdadera constelación y haga que —como en la ficción de Onetti— aparezca un secreto. El problema es que lo importante está en otra parte: el intercambio intelectual de estos amigos, su afectividad no suceden en estas cartas, no quedan en el papel; las cartas son apenas la huella de su postergación; de la promesa de mejores ocasiones.

Lo que queda, por supuesto, es aprovechar que en el ánimo del aniversario, se ha reeditado a Onetti y se puede regresar a esas páginas donde la gente que pareciera no tener ánimo de contar nada, nunca para de contar, con cierta renuencia elegante, sin un principio, difiriendo el final, obviando la posibilidad triste de ser definitiva. **U**

Juan Carlos Onetti, *Cartas de un joven escritor*, edición de Hugo J. Verani, Era, México, 2009, 170 pp. Mario Vargas Llosa, *El viaje a la ficción*, Alfaguara, México, 248 pp.